

Así eran llamados aquellos gallegos que, a comienzos del siglo XII, constituyeron la primera comuna o asociación popular para defender a su reina Doña Urraca de las asechanzas de Gelmírez, célebre obispo compostelano.

Más tarde, en 1461, cuando había llegado a su grado máximo la espantosa miseria que reinaba en toda Galicia, a consecuencia de las ominosas exacciones a que estaba sometido el vasallaje, surge nueva y briosa esta Hermandad con fines emancipatorios de aquellas vejaciones y sacrificios a que le había sometido el feudalismo, dueño de vidas y haciendas, y se inicia una era de odios inextinguibles.

Justa se consideró la causa del siervo y del pechero, y así lo reconocieron los papas Calixto III, Pablo II y Eugenio IV, condenando el proceder de los "nobles señores" de estas tierras, expidiendo "tremendos anatemas" que tuvieron la virtud de que una parte importante de las expoliaciones, fruto del robo y del crimen, fuesen a engrosar los tesoros de la Iglesia.

Unido por tanto el bajo pueblo en un mismo sentimiento, mucho tiempo concentrado, se manifestó de una manera terrible e inexorable, que con la preponderancia numérica y el vibrante grito de rebeldía proferido por millares de almas valerosas, quizá hizo temblar por primera vez a la inepta y sanguinaria aristocracia de aquellos tiempos y, ante los asaltos de conventos y quema de iglesias, también a la teocracia de este reino.

El ejército del pueblo, formado por hombres rústicos sin apariencia militar de ninguna índole, desconocedor en absoluto de la rígida disciplina y casi siempre incompletamente armado, en los ataques suplía estas faltas con el temple de valor que encerraban los pechos de sus individuos, y así se comprende que pudieran vencer numerosas y aguerridas tropas y asaltar castillos que se consideraban como inexpugnables; pero la falta de un jefe capacitado que pudiera coordinar tácticamente los movimientos de aquellas esparcidas falanges—a las que tenemos que reconocer el mérito de haber sido las que sembraron los primeros gérmenes de la democracia española—, dieron lugar, en el transcurso del tiempo, a reverses de importancia que seguramente les hizo pensar en el mando único que les llevase a la victoria y a humanizar, si posible era, la guerra de destrucción y exterminio que hasta aquellas fechas ambos bandos habían practicado con insaciable ensañamiento, durante dilatados años de lucha que continuamente ensangrentaron el fértil suelo de la antigua y desgraciada Suevia; y como si esto no fuese suficiente, vino a complicar la situación la guerra fratricida que sostenían las infantas Isabel y Juana la Beltraneja para obtener la corona de Castilla, dándose en Galicia el peregrino caso de que si hoy se proclamaba aquí la soberanía de la una, más



allá se reconocía la de la otra, y si el noble o el mitrado que un día combatía por ésta, al otro lo hacía por aquélla, no era dudoso que más tarde diese también el grito de las libertades gallegas.

Y de este estado caótico, cuya mayor parte de hechos no fueron aún desentrañados por la Historia, se destaca la noble figura del desventurado Pedro Pardo de Cela, mariscal de Castilla, de quien nos dice un cronista "era el primer noble gallego" y añade otro que "Educado en la escuela de los grandes señores sus compatriotas, tenía sus mismas virtudes y defectos. Tiranizaba por costumbre heredada, combatía por espíritu belicoso, o quizá por intuición, que le impedía poner coto a los crímenes de otros feudales".

No puede ponerse en duda que su proceder era resultado de la moral de su época, por cuya razón, aunque sus ambiciones le hubiesen conducido a abrazar la causa del pueblo con fines bastardos, el hecho de su constancia y por ende el haber perdido la vida por ella, le hacen digno de admiración y de que se le hubiese convertido en uno de los héroes más populares de la Historia española, pues otros con menos motivo lo han sido, pero... no eran gallegos.

Seis años mantuvo en jaque a las tropas enviadas contra él, y en ese intervalo de tiempo destruyó con sus huestes una infinidad de castillos y palacios que algunos escritores hacen subir a más de setenta; desarrollándose en esta provincia sus episodios del más espantoso dramatismo. Para vencerle fué necesario que la traición sugerida por el extranjero capitán Mudarra diese su fruto, y en una noche del mes de diciembre de 1483, hace ahora el 450 aniversario, se le hizo prisionero cuando se hallaba descansando en el lecho de su castillo de la Fronseira, y conducido seguidamente a Mondoñedo fué ejecutado, en unión de su hijo, en la plaza de aquella ciudad el día 17 del mismo mes. La precipitación en llevar a efecto la sentencia y el haber detenido a la esposa del mariscal, portadora del indulto de los reos a la entrada de la ciudad, en el punto conocido hoy por Pasatempo, demuestran la iniquidad con que procedieron autoridades y nobleza; probablemente comprendiéndolo

así el clero, y para borrar el mal efecto que en el pueblo se había producido, acordó, como privilegio especial, enterrar al uno junto al púlpito del Evangelio, y al otro, al lado de la puerta de la capilla mayor de aquella catedral.

Con aquel acto de aparente justicia, la Hermandad gallega también fué decapitada, dando sus últimas convulsiones a veintidós kilómetros de la capital lucense, dándose fin a la interminable contienda y en realidad a la nacionalidad gallega.

Muerto ya Pedro Pardo de Cela, su yerno, Fernán Saavedra, se encerró con su esposa Doña Constanza

y quinientos hombres de armas en el castillo de Villajuan, conocido actualmente por Caldaloba, en el término municipal de Cospeito, defendiéndose bravamente de las fieras acometidas de los ejércitos de las dos Castillas y Aragón, comandados por Diego López de Haro, Diego Andrade y Alvaro González, sin que pudiesen domeñar el valor de aquel puñado de gallegos durante un largo año de asedio; fué necesario que la fortaleza estuviese desmantelada y la guarnición exterminada, con sólo tres hombres vivos y su caudillo herido, para que las fuerzas de los Reyes Católicos pudiesen hollar con su planta aquel montón de ruinas, cuyos vestigios se muestran hoy como ejecutoria de grandezas pretéritas, que afortunadamente, jamás volverán.

Sin embargo, a fuer de buen gallego, contrasta mi ánimo ver como todos esos actos homéricos, que en otras regiones se enaltecen continuamente, en la nuestra son sucintamente narrados, para luego olvidarse de la mayor indiferencia, y que las venerables reliquias de esas históricas edificaciones se dejen destruir por la acción del tiempo, cuando no por la mano del hombre; esto es imperdonable.

EME DE C

NUESTRA PORTADA

Con motivo de haberse encargado de la dirección artística de GALICIA EN MADRID nuestro distinguido amigo y vicepresidente de Lar Gallego don Manuel Castro Gil, iniciamos con el presente número una nueva etapa de transformación, que comienza con la cubierta que hoy ostenta nuestra Revista, obra del genial aguafortista.

También abrigamos la esperanza de ir introduciendo paulatinamente otras reformas, ya sean de carácter artístico, literario o tipográfico, a fin de dar a GALICIA EN MADRID la atracción y variedad que reclama toda publicación que, como la nuestra, aspira, no sólo a ser órgano representativo de Lar Gallego, que ya lo es, sino también de toda la numerosa colonia gallega que reside en la capital de la República.